Notas Editoriales.

OJEADA RETROSPECTIVA SOBRE LA INVESTIGACION Y LA LITERATURA BOTANICA Y ZOOLOGICA EN COLOMBIA

POR

ARMANDO DUGAND (1)

Cuando se escriba la historia de las Ciencias Naturales en Colombia se reconocerá seguramente que en los tiempos que corren, la labor de reconocimiento botánico y zoológico efectuada por el Instituto de Ciencias de la Universidad Nacional ha sido notablemente constructiva. Primero, por haber formado importantes colecciones de estudio —tales como el Herbario Nacional Colombiano, las dermatotecas de ornitología y mastozoología, la herpetoteca y la entomoteca, con numerosos ejemplares representantivos de las especies y variedades propias de distintas regiones de nuestro país, y clasificados con arreglo a las normas de la sistemática moderna. Segundo, por haber creado escuela propia nacional en estas disciplinas adiestrando personal colombiano, que hoy —aunque todavía muy escaso en número— está capacitado para continuar y ampliar las investigaciones comenzadas por unos pocos precursores. Tercero, por haber publicado gran parte de sus observaciones y estudios; con ello ha logrado que las investigaciones de hoy no mueran inútilmente en la infancia y las desconozcan por lo tanto en el futuro (como ya sucedió cuando se interrumpió y perdió la labor de la Expedición Botánica al Nuevo Reino de Granada) sino que se hallen disponibles en las bibliotecas y puedan servir de base o de pauta o de ayuda, o por lo menos de puntos de referencia para los estudios más dilatados de mañana.

No pretendo afirmar que la labor del Instituto ha sido extraordinariamente estupenda, perfecta o siquiera completa en su género; al contrario, estimo que es modesta y se hubiera podido hacerla mejor. Lo que quiero decir es que dentro del ambiente colombiano —de suyo mezquino excepto para fruslerías, tan propicio a las improvisaciones y a las obras de relumbrón, y a veces tan hambriento del aplauso público— ella representa un adelanto positivo, un paso importante hacia el desarrollo firme de una Botánica y una Zoología autóctonas colombianas. Se están poniendo los cimientos necesarios para asegurar la mayor solidez del edificio de estas ciencias; por eso me limito a decir que la labor del Instituto ha sido constructiva. ¡Falta seguir construyendo! ¡Y falta mucho!. Procuremos todos que no se quede a medias. Si nos llamamos «científicos colombianos» es parte de nuestra misión profesional y patriótica sostener nuestro Instituto de Ciencias Naturales y contribuir a su progreso; unirnos a él aunque nos hallemos separados físicamente.

---

(1) Ex-director del Instituto de Ciencias Naturales (1940-1953).

* * *

Mientras un país no haga investigación propia, original, quedará en actitud de servidumbre mental ante lo foráneo. Tendrá que importar conocimientos como se importan las mercancías que no produce su propia industria. No puede caberle ningún prestigio científico a una nación que, careciendo de investigación propia, desconozca su naturaleza y se contente con los datos de segunda o tercera mano.

El centro de las investigaciones puras debe ser la Universidad por cuanto ella es el exponente más alto de la cultura nacional y porque su misión no consiste solamente en enseñar y formar hombres de cultura, pensamiento y acción superiores, sino en primer lugar escudriñar la realidad natural y espiritual del país, pues toda enseñanza moderna se funda en el escrutinio y la averiguación, bases de todo conocimiento objetivo.

Generalmente se piensa que la función básica de la Universidad es la docencia; mas en el orden lógico lo es la investigación científica y filosófica, tanto en los dominios de la naturaleza como en los del espíritu, pues primero es descubrir las cosas, examinar los hechos y sus circunstancias, despejar las incógnitas y afirmar los conocimientos, y luego enseñarlos y difundirlos. La enseñanza, tanto la académica y científica como la técnica y práctica en el campo de las profesiones liberales y otras actividades de la inteligencia, es faena universitaria que irradia del conocimiento adquirido por medio del examen y la experiencia. Misiones principalísimas de la Universidad son igualmente la difusión de la cultura mediante conferencias, intercambio de profesores y estudiantes, certámenes, publicaciones, etc.; y la salvaguardia o conservación del patrimonio cultural de la nación en todas sus manifestaciones.

Se ha dicho con acierto que «Universidad en la que no se investiga sólo es escuela de profesionales que no puede realizar obra perdurable y original limitándose modestamente a enseñar y difundir lo que otras descubren» (B. L. Houssay). Pero la mera pesquisa sin hacer asequibles sus resultados a los demás estudiosos sería estéril. La comunicación o información de la nueva verdad es condición *sine qua non* del progreso científico. «El investigador aljibe, que no escribe, que no deja surco en las bibliotecas, será una gran persona, pero es cero a la izquierda en la ciencia» dice el doctor Pérez Arbeláez en uno de sus luminosos artículos de prensa («Ciencia al garete»). Igual puede afirmarse de la Universidad o del Instituto en que predomine el secreto o el esoterismo.

Precisamente, por conciencia exacta de su misión es por lo que la Universidad Nacional de Colombia creó y viene sosteniendo el Instituto de Ciencias Naturales, que comenzó hace un cuarto de siglo aglutinándose (originalmente con el nombre de Instituto Botánico) alrededor de un naciente herbario merced al tenaz esfuerzo de su fundador y primer director, el doctor Enrique Pérez Arbeláez, a quien no se le discute este grande mérito ni otros muchos que posee y sabe poner en práctica de manera fervorosa, incansable, brillante, para bien de la patria.

Iniciados los estudios de nuestra flora y fauna, pronto se hizo patente la necesidad de evitar que permanecieran ignorados y por ende inútiles, refundidos en cartapacios y notas autógrafas particulares, sujetos al olvido y a la pérdida de la prioridad que pudiera caberles. El Instituto de Ciencias Naturales, comprendiendo la importancia capital de salvaguardar los conocimientos adquiridos —como parte que son del patrimonio cultural de la nación colombiana— y ponerlos al alcance de los interesados de ahora y de mañana, desempeñando así su misión universitaria de comunicar o difundir la cultura, creó los boletines técnicos «CALDASIA», «LOZANIA (ACTA ZOOLOGICA COLOMBIANA)» y «MUTISIA (ACTA BOTANICA COLOMBIANA)», el primero de los cuales, «CALDASIA», cumplirá en diciembre próximo veinte años de haber salido su número inicial. Sus páginas han llevado al mundo científico el mensaje de esta ciencia botánica y zoológica colombiana que estamos procurando desarrollar en la medida de nuestras flacas fuerzas y escasos recursos, pese a la crítica infundada de algunos y al desconocimiento o indiferencia de muchos; en ellas se han consignado las producciones originales de naturalistas colombianos y otras de gran interés con que notables especialistas extranjeros han contribuído, tocante a ciertos aspectos de nuestra flora y fauna. Son 4.400 páginas de información técnica original —hasta el Nº. 37 inclusive— que versan principalmente sobre las formas y modalidades de la vegetación y los animales silvestres en Colombia; monografías, descripciones de especies y géneros nuevos o raros, o interesantes por otros conceptos; catálogos regionales de flora y fauna; observaciones taxonómicas, biológicas, ecológicas, etológicas; y notas historiales sobre las exploraciones botánicas y zoológicas en Colombia. A ellas se agregan 200 y 180 páginas respectivamente de los pequeños boletines «LOZANIA» y «MUTISIA», de creación más reciente (Mayo de 1952), para formar una colección literario-científica cuya importancia sólo puede disminuírse en proporción a la parte que le ha tocado contribuír al que ésto escribe.

Tal ha sido la trayectoria editorial que comenzó con una «revista de título ridículo», «sólo leída por quien la escribe», y «otra de las tantas publicaciones oficiales inútiles y pretenciosas que van a parar al cesto», para citar tres notas cordiales y muy estimulantes con que algunos inteligentes cronistas de la Capital saludaron la aparición del número primero de «CALDASIA» en la semana navideña de 1940....

Cuando se habla de la literatura de un país suele limitarse generalmente el alcance del vocablo a la producción de obras poéticas, novelescas, teatrales, oratorias, histórico-políticas y periodísticas; y de vez en cuando se incluyen las que atañen a las ciencias, particularmente si son de vulgarización y mayormente cuando en ellas predominan elementos estéticos, es decir, atendiendo más a la forma que al fondo. Las producciones científicas puras no se estiman como literatura, olvidándose que ésta es también, por definición, el conjunto de las obras que versan sobre una ciencia. El vocablo no envuelve únicamente las «bellas letras» —como dicen los franceses— sino también las letras sabias, aunque se escriban en términos técnicos (1). Por esto es justo reconocer que las publicaciones científicas colombianas han contribuído a intensificar en gran manera la producción *literaria* de este país. Lo han logrado las del Instituto de Ciencias

---

(1) Por fortuna, la patria de Caldas y de Triana es la misma de Caro, Cuervo y Suárez. La mayoría de los científicos de Colombia practican el arte del bien decir y procuran dar a los escritos técnicos el giro culto que no perjudique la claridad y precisión del concepto. Algunos hay, sin embargo, —muy pocos realmente— que sin saber el inglés *lo escriben en castellano,* e ignorando el francés abusan de la galiparla en nuestra lengua.

Naturales de la Universidad Nacional con sus boletines ya mentados, así como las muy importantes de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físico-Químicas y Naturales por medio de su eximia «REVISTA», orgullo legítimo de Colombia; y las del Instituto Geográfico «Agustín Codazzi», principalmente por sus excelentes cartas geográficas con base geodésica y aerofotogramétrica, pues también los mapas de esta clase son publicaciones científicas de primer orden. Igualmente la Sociedad Geográfica de Colombia con su interesante «BOLETIN», y los diversos institutos nacionales y seccionales de Agronomía, Arqueología, Etnología, Geología, cada uno con aportaciones de mucha entidad dentro de sus respectivas especialidades. Dignos de mención spcial son los grandes tomos que han aparecido por agencia del Instituto de Cultura Hispánica y bajo el patrocinio de los gobiernos de Colombia y España, en los cuales científicos colombianos de nota dan realidad al sueño dorado de Mutis publicando con anotaciones sistemáticas propias la preciosa iconografía de la «Expedición Botánica al Nuevo Reino de Granada».

Hace siete a diez lustros existió el notable aunque poco conocido «Boletín de la Sociedad de Ciencias Naturales de La Salle», bajo la dirección del recordado sabio Hermano Apolinar María, a cuya memoria debemos rendir siempre homenaje de admiración no sólo por sus grandes méritos docentes y la amplitud de sus conocimientos científicos, sino por haber sido uno de los precursores en este género de actividades intelectuales y editoriales en Colombia. Un siglo antes, Caldas fue el primero de los editores científicos colombianos con su famoso «SEMANARIO» (1808 a 1811) que no pocas críticas necias y hasta invectivas le valió de parte de los injustos y envidiosos que nunca faltan.

Desde la gloriosa época científica de Mutis, Lozano y Caldas en la «Expedición Botánica», hasta la iniciación relativamente reciente de los trabajos del Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional (que por sus colecciones y biblioteca sirve también de lugar de cita y de consulta a otros naturalistas compatriotas y extraños) fueron muy contados en Colombia los investigadores genuinos en el campo de la Botánica y la Zoología; y por tanto es lamentablemente escasa la contribución de nuestro país al conocimiento objetivo de su flora y fauna. Descuella de manera singular por la alta calidad de su producción científica el insigne JOSE JERONIMO TRIANA (1828-1890) resplandeciente con luz propia en el ámbito histórico de la Botánica colombiana, respetado en los círculos mundiales, y que fatigado por la desidia oficial y las perturbaciones civiles de su época, optó por expatriarse a Francia buscando un clima más benigo para el cultivo de su ciencia. Habiéndole franqueado la Europa culta sus herbarios clásicos: París el de su célebre *Muséum* con las colecciones de Humboldt y Bonpland, Londres el muy renombrado de *Kew;* Ginebra los de Delessert y DeCandolle, pudo Triana publicar importantes obras sistemáticas que perduran, figurando en algunas como autor único mientras que en otras tuvo la colaboración de Jules-Emile Planchon, de la Facultad de Ciencias de Montpellier.

Más numerosos —sin abundar, pero selectos— han sido entre nosotros los divulgadores, que por lo general se han limitado a compilar los productos de la ciencia extranjera catalogando nombres o citando conceptos sin mucho discernimiento crítico, cayendo así en frecuentes equivocaciones tanto en asuntos elementales como en los de cierta entidad. Ha habido, eso sí, muchos publicistas aficionados a las ciencias naturales, apasionados enamorados de ellas, ilustres y beneméritos algunos —de claro talento y pluma muy galana casi todos— personas notables en el orden de la inteligencia pero de erudición generalmente enciclopédica, variada y extensa mas no profunda; y si bien algunos sobresalieron brillantemente por su obra catedrática o didáctica de indiscutible valor, otros se contentaron con saber y decir un poco de mucho y no bastante de lo que importa.

Ser aficionado a las ciencias o a un ramo especial del saber no es lo mismo que ser investigador científico; lo segundo ciertamente supone lo primero, mas éste no significa necesariamente lo segundo. Puede uno aficionarse a la Botánica o a la Zoología, amar las plantas y los animales, llevar su entusiasmo hasta aprender de memoria sus nombres técnicos y las familias y órdenes naturales a que pertenecen, y disertar amenamente acerca de su valor estético y supuestas o reales virtudes; pero entre ello y hacerlos objeto de un estudio sistemático, ya desde el punto de vista taxonómico, ya del biológico, ya de su distribución geográfica o su ecología, o sus costumbres, y también por su utilidad en cuanto al hombre, hay diferencia.

Aparte los próceres de la «Expedición Botánica», que pertenecen a otra época y categoría; asímismo TRIANA, de quien se trató antes; y citando solamente los desaparecidos cuya memoria debemos venerar, los valores positivos de la literatura botánica colombiana se reducen a pocos nombres: FRANCISCO BAYON (que fue discípulo de Francisco Javier Matís, el artista botánico por excelencia y último miembro de la Expedición de Mutis), ANDRES POSADA ARANGO, WENCESLAO SANDINO GROOT, SANTIAGO CORTES, JOAQUIN ANTONIO URIBE, CARLOS CUERVO MARQUEZ. Figuran ellos entre los hijos dilectos de la patria, ya por su obra formadora en la cátedra o el libro, ya por sus publicaciones científicas, o por las de divulgación bien entendida y razonada.

* * *

Al reaparecer felizmente este boletín «CALDASIA» después de dos años de silencio, formulo votos sinceros porque se continúe publicándolo —lo mismo que «MUTISIA» y «LOZANIA»— con la oportunidad que cada caso particular exija, no demorando las entregas más de lo indispensable. Y para el logro de ello excito fervorosamente, insistentemente, a los miembros todos del Instituo —mis antiguos colaboradores, discípulos, colegas y amigos muy estimados— a intensificar su actividad, tanto en los dominios de la investigación —que anchísimo campo tienen— como en la publicación de sus hallazgos y observaciones, que mucha falta hacen.

No se dejará así de cumplir la misión universitaria de inquirir la verdad, afirmar el conocimiento y difundirlo.